

R O X A N E G A Y

MALA  
FEMINISTA

Capitán Swing®

# MALA FEMINISTA

R O X A N E G A Y

Traducción de  
**ANA MOMPLET CHICO**

*Capitán Swing* 



## INTRODUCCIÓN

### ***Feminismo (n.): Plural***

**E**l mundo cambia más rápido de lo que somos capaces de comprender, y lo hace de manera complicada. Estas variaciones desconcertantes nos dejan en carne viva. El clima cultural también está cambiando, especialmente para las mujeres, que lidiamos con los recortes de la libertad reproductiva, la persistencia de la cultura de violación y los conceptos erróneos, cuando no dañinos, de la mujer que consumimos en música, cine y literatura.

Tenemos a un cómico que anima a sus seguidores a tocar a las mujeres suavemente en el estómago, porque eso de ignorar los límites personales es súperdivertido. Tenemos todo tipo de música que ensalza la degradación de la mujer y además es pegadiza, maldita sea, así que a menudo me sorprende a mí misma tarareándola y degradando a mi propia persona. Hay cantantes como Robin Thicke que saben que «lo queremos». Raperos como Jay-Z utilizan la palabra *bitch*<sup>[1]</sup> como si se tratara de un signo de puntuación. Las películas, por lo común, cuentan historias de hombres, como si las historias de hombres fueran las únicas que importasen. Y cuando participan mujeres, lo

hacen como acólitos, como objetivo amoroso, como un añadido. Casi nunca son el centro de atención. Casi nunca llegan a importar nuestras historias.

¿Cómo llamar la atención sobre estos temas? ¿Cómo hacerlo de forma que sean realmente tenidos en consideración? ¿Cómo dar con el lenguaje necesario para hablar de las desigualdades y las injusticias que afrontan las mujeres, sean grandes o pequeñas? Con el paso de los años, el feminismo ha contestado a estas preguntas, al menos en parte.

El feminismo no es perfecto, pero en su mejor versión ofrece una forma de navegar por este cambiante clima cultural. El feminismo me ha ayudado a encontrar mi voz, no me cabe duda. Me ha ayudado a creer que mi voz importa, incluso en este mundo donde tantas voces piden ser escuchadas.

¿Cómo conciliar las imperfecciones del feminismo con todo el bien que puede hacer? En verdad, el feminismo tiene sus fallos porque es un movimiento impulsado por personas y las personas son intrínsecamente imperfectas. Sea por la razón que sea, lo juzgamos con una vara de medir poco razonable que le exige ser todo lo que queremos y tomar siempre la mejor decisión. Cuando el feminismo no cumple nuestras expectativas, sacamos la conclusión de que el problema es del feminismo en sí y no de las personas imperfectas que actúan en su nombre.

El problema de los movimientos es que a menudo se asocian solamente con sus figuras más visibles, las personas con una plataforma mayor, con una voz más fuerte y provocadora. Pero el feminismo no es una filosofía

cualquiera que suelta la feminista de turno en el foco de los medios populares, al menos no del todo.

Últimamente, el feminismo ha padecido cierta culpabilidad por asociación, ya que lo relacionamos con mujeres que lo defienden como parte de su marca personal. Cuando esas figuras prominentes dicen lo que queremos oír, las ponemos en el pedestal feminista, y cuando hacen algo que no nos gusta, las derribamos y decimos que algo falla en el feminismo porque nuestras líderes feministas nos han fallado. Olvidamos la diferencia entre el feminismo y las feministas profesionales.

Acepto abiertamente la etiqueta de mala feminista. Y lo hago porque no soy perfecta, soy humana. No soy muy versada en su historia. No conozco textos clave del feminismo tan bien como quisiera. Tengo algunos... intereses, rasgos de personalidad y opiniones que puede no se alineen con el feminismo dominante, pero soy feminista. Y es difícil expresar lo liberador que ha sido para mí aceptarlo.

Asumo la etiqueta de mala feminista porque soy humana. Soy complicada. No pretendo ser un ejemplo. No pretendo ser perfecta. No pretendo decir que tenga todas las respuestas. No pretendo decir que tenga razón. Solo pretendo defender aquello en lo que creo, hacer algo de bien en este mundo, hacer algo de ruido con lo que escribo siendo yo misma: una mujer a la que le gusta el rosa, que le gusta montárselo y que baila a muerte una música que trata fatal a las mujeres, porque *lo sabe*, y que a veces se hace la tonta con los técnicos porque es más fácil dejar que se sientan muy machos que dar lecciones de moral.

Soy mala feminista porque no quiero que me coloquen nunca en un pedestal feminista. La gente que se sube a un pedestal debe saber posar a la perfección. Y cuando la caga, se le hace caer. Yo la cago a menudo. Consideradme derribada *a priori*.

Cuando era más joven, renegaba del feminismo con alarmante frecuencia. Entiendo por qué las mujeres reniegan y se distancian de él encantadas. Yo también renegaba, porque cuando me llamaban feminista la etiqueta me sonaba a insulto. De hecho, generalmente esa era la intención subyacente. Cuando me llamaban feminista en aquella época, lo primero que pensaba era: *Pero si yo hago mamadas de buena gana*. Llegué a pensar que no se podía ser feminista y sexualmente abierta a la vez. En mi adolescencia y a mis veinte años llegué a pensar muchas cosas.

Renegaba del feminismo porque no tenía un conocimiento racional del movimiento. Cuando me llamaban feminista, yo oía: «Eres una víctima rabiosa que odia el sexo y a los hombres». Esta caricatura es la imagen deformada de las feministas que han creado las personas que más temen al feminismo: las que más tienen que perder cuando el feminismo triunfa. Cada vez que recuerdo cómo renegaba del movimiento, me avergüenzo de mi ignorancia. Me avergüenzo de mi miedo, porque ese renegar se basaba ante todo en mi miedo a ser condenada al ostracismo, a ser vista como una persona problemática, a no ser aceptada nunca por la mayoría.

Me enfado cuando las mujeres reniegan del feminismo y rehúyen la etiqueta feminista, pero luego dicen que

defienden todos los avances surgidos gracias al feminismo, porque veo una desconexión que no tiene razón de ser. Me enfado, pero lo entiendo, y espero que algún día vivamos en una cultura en la que no tengamos por qué distanciarnos de la etiqueta feminista, en la que la etiqueta no nos haga tener miedo de quedarnos solas, de ser demasiado diferentes o de querer demasiado.

Intento que mi feminismo sea sencillo aunque sé que es complejo, evolutivo e imperfecto. Sé que no puede ni va a arreglarlo todo. Creo en la igualdad de oportunidades para mujeres y hombres. Creo que las mujeres deben tener libertad reproductiva y acceso asequible e ilimitado a la asistencia sanitaria que precisen. Creo que las mujeres deben tener la misma remuneración que los hombres por el mismo trabajo. El feminismo es una elección, y si una mujer no quiere ser feminista, está en su derecho, pero aun así es mi responsabilidad luchar por sus derechos. Creo que el feminismo se fundamenta en defender las elecciones de las mujeres aun cuando una misma no elegiría lo mismo. Creo que las mujeres, no solo en EE.UU. sino en todo el mundo, merecen igualdad y libertad, pero sé que no estoy en posición de decir a las mujeres de otras culturas cómo debe ser esa igualdad y esa libertad.

Al final de mi adolescencia y durante mi primera juventud, me resistía al feminismo porque me preocupaba que no me permitiera ser el desastre de mujer que sabía que era. Pero entonces empecé a aprender más sobre feminismo. Aprendí a separar el feminismo del Feminismo, de las Feministas y de la idea del Feminismo Esencial, un feminismo verdadero que domine todo el género femenino.



Me resultó fácil abrazarlo cuando comprendí que defendía la igualdad de género en todos los campos al tiempo que trataba de ser interseccional, de tener en cuenta todos los factores que influyen en quiénes somos y cómo nos movemos en el mundo. El feminismo me ha dado paz. Me ha dado principios rectores para mi forma de escribir, de leer y de vivir. Y sí, me desvió de esos principios, pero también sé que no pasa nada si no estoy a la altura de mi mejor yo feminista.

Las mujeres de color, las lesbianas y las mujeres transgénero deben estar más incluidas en el proyecto feminista. Las integrantes de estos colectivos se han visto vergonzosamente abandonadas por el Feminismo con Mayúsculas una y otra vez. Es una verdad dura y dolorosa. Es por ello que muchas personas se resisten al feminismo y crean distancia entre el movimiento y su situación. Creedme, lo entiendo. Durante años creí que el feminismo no me iba como mujer de color, ni como mujer que se ha considerado homosexual en varios momentos de su vida, porque históricamente, el feminismo se ha dedicado mucho más a mejorar las vidas de las mujeres blancas heterosexuales en detrimento de todas las demás.

Pero dos equivocaciones no hacen un acierto. Los fracasos del feminismo no implican que debemos rechazarlo por completo. La gente comete atrocidades constantemente, y no por ello renegamos de nuestra humanidad a cada paso. De lo que renegamos es de esas atrocidades. Deberíamos renegar de los fracasos del feminismo sin renegar de sus muchos logros y de lo lejos que hemos llegado.

No es necesario que todos creamos en el mismo feminismo. El feminismo puede ser pluralista siempre y cuando respetemos los distintos feminismos que llevamos con nosotras, siempre y cuando nos importe lo suficiente intentar minimizar las fracturas entre nosotras.

El feminismo tendrá más éxito con el esfuerzo colectivo, pero su éxito también puede surgir de la conducta personal. Escucho a muchas mujeres decir que no se identifican con ninguna feminista conocida. Eso puede ser descorazonador, pero creo que debemos intentar ser las feministas que nos gustaría ver en el mundo.

Cuando no encuentras a quien seguir, tienes que encontrar la manera de liderar con el ejemplo. Eso es lo que intento hacer en esta colección de artículos, de una manera reducida e imperfecta. Alzo mi voz como mala feminista. Me pronuncio como mala feminista. Ofrezco puntos de vista sobre nuestra cultura y cómo la consumimos. Los artículos incluidos en esta colección examinan también el tema racial en el cine contemporáneo, los límites de la «diversidad», y cómo la innovación casi nunca es satisfactoria, casi nunca es suficiente. Voto por crear medidas nuevas y más inclusivas de excelencia literaria y me centro en la serie *Girls* de HBO y el fenómeno de *Cincuenta sombras de Grey*. Estos artículos son políticos y personales. Al igual que el feminismo, son imperfectos, pero tienen una motivación sincera. Solo soy una mujer que trata de darle sentido a este mundo en que vivimos. Alzo mi voz para mostrar todas las formas con las que podemos querer más y hacerlo mejor.

---

[1] Puta. (*N. de la T.*)

YO



## **Siénteme. Veme. Óyeme. Tócame.**

Las páginas de citas son interesantes. Puedes entrar en JDate o Christian Mingle o Black People Meet o en cualquiera de las páginas pensadas expresamente para hacer bueno eso de «Dios los cría y ellos se juntan». Si tienes criterios concretos, puedes encontrar a gente que se parece a ti, que comparte tu fe o que disfruta del sexo con disfraces peludos. En el mundo de Internet nadie está solo en sus intereses. Cuando entras en estas páginas de citas, puedes esperar encontrarte con algo conocido. Puedes esperar que en el amor *online*, una especie de lengua franca lo hará todo posible.

Pienso constantemente en la conexión, la soledad, la comunidad y en encajar, y bastante, tal vez demasiado, en cómo lo que escribo refleja que trabajo sobre las intersecciones entre todo ello. Somos muchos los que intentamos tender la mano con la esperanza de que alguien ahí fuera la coja y nos recuerde que no estamos tan solos como tememos.

Hay historias que cuento una y otra vez porque algunas experiencias me han afectado profundamente. A veces

espero que contarlas una y otra vez me permita comprender mejor cómo funciona el mundo.

Aparte de no haber tenido muchas citas por Internet, nunca he salido con nadie con quien tuviera demasiado en común. Lo achaco a mi signo del zodiaco. En mis relaciones, siempre encuentro cosas en común conforme pasa el tiempo, pero cuando empiezo a salir con alguien solemos ser bastante distintos. Una amiga me dijo hace poco que solo salgo con chicos blancos y me acusó de ser... no recuerdo qué. Ella vive en una ciudad y da por sentada la diversidad a su alrededor. Contraataqué diciendo que en la universidad salí con un chico chino. Le dije que salgo con los chicos que me piden salir. Si un chico negro me pidiera una cita y me gustara, saldría con él encantada. Pero solo me entran chicos negros que rondan los setenta, y no tengo intención de salir con ancianos. También parece que tengo afición por los libertarios. La verdad es que no me canso de ellos ni de su necesidad radical de liberarse de la tiranía y de los impuestos. Me cuesta imaginar cómo debe de ser tener mucho en común con alguien desde la primera cita. Esto no quiere decir que por ser los dos negros, demócratas o escritores vaya a tener mucho en común con alguien. No sé si habrá persona alguna en el mundo con quien tenga mucho en común, y especialmente en estas páginas de citas en las que metes varias características y preferencias clave, y puede que encuentres a tu pareja perfecta. Ni siquiera lo he intentado, y tampoco creo que tenga nada de malo. A mí me encanta estar con alguien que me resulte infinitamente interesante por lo diferentes que

somos. El querer encajar con una persona o una comunidad no significa buscar una imagen exacta de mí misma.

No suelo ver BET,[2] a menudo porque estoy muy comprometida con Lifetime Movie Network y programas de telerrealidad de cadenas menores de televisión por cable. Además, los programas basura de BET son una farsa, y eso que he visto dos episodios de *Amsale Girls* en WEtv, y mi tolerancia con la telebasura es extraordinaria. Es una lástima que la población negra tenga que conformarse siempre con menos en televisión de calidad. Lástima que haya tan pocas opciones más allá de BET. Las cadenas ofrecen un mar de blancura desconcertante, exceptuando los programas producidos por Shonda Rhimes (*Anatomía de Grey*, *Sin cita previa*, *Scandal*), que a la hora de elegir reparto hace un esfuerzo deliberado por abordar raza, género y, en menor medida, sexualidad. Aparte de estos ejemplos, los negros —en realidad, cualquier persona de color— solo se ven como abogados y amigos descarados y, por supuesto, como criados. Incluso cuando surge una nueva serie que promete romper esquemas, como *Girls* de Lena Dunham para la HBO, que sigue la vida de cuatro veinteañeras en Brooklyn, Nueva York, al final acabamos teniendo que tragarnos más de lo mismo: la eliminación o la ignorancia generalizada de la raza.

En BET nos conformamos con nada, más allá de las redifusiones de *Girlfriends*, una serie criminalmente infravalorada. Aunque tardé mucho tiempo en llegar a apreciarla, *Girlfriends* tocaba cosas importantes y nunca tuvo el respaldo que merecía. Sin embargo, a veces me apetece ver gente que tiene mi mismo aspecto. La piel



oscura es preciosa; me gusta ver distintos tipos de historias. El problema es que en BET veo gente que tiene mi mismo aspecto, pero el parecido acaba ahí. Por una parte se debe a que tengo treinta y tantos años, y para BET soy un vejstorio. Por muy enchufada que esté a la cultura popular, hay cosas que no sé. La geografía y mi profesión tampoco ayudan. Cuando empecé a escribir este artículo, ponían un programa llamado *Toya* en BET. Aunque el título ya me sonaba de consultar la programación, nunca lo había puesto. Por fin vi un par de capítulos y ni siquiera entiendo por qué ese programa existe. ¿Qué argumento tiene? Se lo consulté al Dr. Google y descubrí que Toya es la exmujer de Lil Wayne, y ya. Ni siquiera es corista ni bailarina *sexy* en vídeos musicales. El umbral de la fama mengua a un ritmo cada vez más vertiginoso.

Vi el programa de *Toya*, y no fui capaz de sentirme identificada por nada más que el amor por mi familia. Me quedé con la vaga impresión de que Toya les quiere e intenta ayudarles a volver al buen camino, pero tampoco está muy claro, porque la mayor parte del programa consistía en gente hablando de cosas aburridas. Toya también salió con un tipo llamado Memphitz (ahora están casados), obsesionado por los anillos de diamantes. ¿Es un rapero? ¿A qué se dedica esta gente? La manutención de Lil Wayne no puede dar para tanto. Ojalá BET se esforzara más por representar el abanico entero de experiencias negras de un modo equilibrado. Al ver BET, da la sensación de que la única manera de que un negro encuentre el éxito es a través del deporte o la música profesional, o

casándose/acostándose/teniendo un hijo con algún profesional del deporte o la música.

De vez en cuando, me encantaría ver algún ejemplo de éxito negro en otros ámbitos profesionales. En la mayoría de programas de televisión, los personajes blancos ofrecen al espectador un amplio abanico de posibilidades de «Lo Que Quiero Ser Cuando Sea Mayor». Hay excepciones, claro. Laurence Fishburne hizo el papel protagonista en *CSI* durante una o dos temporadas. En su día, Blair Underwood interpretó a un abogado en *La ley de Los Ángeles*. También están los ya mencionados programas de Shonda Rhimes. Supongo que piensan que una persona de color que sea abogado, médico o escritor, o qué demonios, músico de jazz, maestro de escuela, empleado de correos o camarero no sería tan interesante para los *chicos* porque la oferta actual tiene un atractivo innegable. Y sin embargo. En algún momento, tendremos que dejar de vender a cada niño negro de este país la idea de que lo único que tiene que hacer para conseguir algo es coger una pelota o un micrófono. Bill Cosby ya está un poco pasado, pero sabe de lo que habla, y si está un poco pasado es porque lleva toda la maldita vida con esta misma lucha. BET me resulta frustrante porque es un doloroso recordatorio de que puedes tener algo y al mismo tiempo nada en común con la gente. Me gustan las diferencias, pero de vez en cuando, me apetecería vislumbrar algo de mí en los demás.

En la universidad fui asesora de la asociación de estudiantes negros. El profesorado de color en la facultad era *casi* insignificante (se podían contar con los dedos de una mano), y los que había, estaban demasiado ocupados,

demasiado quemados, o totalmente desinteresados por su trabajo. Después de cuatro años, entendí por qué. Cuanto mayor me hago, mejor entiendo muchas cosas. Asesorar en una asociación de estudiantes negros es agotador, desagradecido y desolador. Después de cierto tiempo, te desmoralizas. Tras un par de años entró una nueva profesora negra en la facultad, y le pregunté por qué no trabajaba con los estudiantes negros. Me dijo: «Ese no es mi trabajo». Y luego añadió: «Es imposible llegar a ellos». Odio cuando alguien dice que algo no es su trabajo o que algo no es posible. Sí, todos decimos esas cosas, pero algunos creen de verdad que su trabajo solo es lo que figura en la descripción de su puesto y que no tienen que intentar llegar a quienes parecen inalcanzables.

Heredé la ética del trabajo de mi infatigable padre. Creo que es tarea de todos (independientemente de la etnia) demostrar a los jóvenes alumnos negros que hay profesores que se parecen a ellos, orientar y ser un apoyo para los estudiantes, y si un docente negro no lo ve así, debería planteárselo, y replanteárselo, y volver a planteárselo hasta que se le aclare la mente.

Cuando era asesora, los estudiantes negros me respetaban, creo, pero casi nunca les caía demasiado bien. Lo entiendo. Soy un gusto adquirido. La mayoría pensaba que yo era una «sonda». Muchos me llamaban *redbone*<sup>[3]</sup> y se reían cuando me cabreaba. Se desternillaban porque alargaba las vocales al hablar en jerga. Me decían: «Di *holla*<sup>[4]</sup> otra vez», y yo lo hacía porque es una de mis palabras favoritas aunque para ellos la pronunciara mal. Es como si la tarareara. Sobre todo les gustaba cómo decía

*gangsta*.<sup>[5]</sup> No me molestaba que me tomaran el pelo. Me molestaba que creyeran que yo esperaba demasiado de ellos cuando la definición de *demasiado* era no tener ninguna expectativa en absoluto.

Sí, era una zorra exigente, y a veces poco razonable probablemente. Insistía en la excelencia. Eso lo he heredado de mi madre. Mis expectativas eran cosas como exigir que los educadores acudieran a las reuniones ejecutivas, insistir en que funcionarios y personal llegaran a las reuniones generales al menos cinco minutos antes porque llegar pronto es llegar a la hora, insistir en que si los estudiantes se comprometían a hacer una tarea la llevaran a cabo, insistir en que hicieran sus deberes, insistir en que pidieran ayuda y aprovecharan las tutorías si necesitaban ese tipo de apoyo, insistir en que dejaran de pensar que un aprobado o un bien eran buenas notas, insistir en que se tomaran en serio la universidad, insistir en que dejaran de ver teorías conspiratorias por todas partes, insistir en que no todos los profesores que hacían algo que no les gustaba eran racistas.

Pronto comprendí que muchos de esos chicos no sabían leer ni estudiar. Cuando se habla de problemas sociales en el mundo académico e incluso en los círculos intelectuales, hablamos mucho de privilegios y de cómo todos somos privilegiados y tenemos que ser conscientes de ello. Siempre he sido consciente de mis privilegios, pero trabajar con estos alumnos, muchos de ellos de la ciudad de Detroit, me enseñó hasta qué punto era una privilegiada. Cada vez que alguien me dice que no reconozco mis privilegios quiero callarle la maldita boca.

¿Crees que no lo sé? Tengo clarísimo lo que es un privilegio. La idea de que debería conformarme con el *statu quo* aunque ese *statu quo* no me afecte demasiado es repugnante.

Los chicos no sabían leer, así que les conseguí diccionarios, y como les daba demasiada vergüenza hablar de aprender a leer en las reuniones, me cogían mientras iba por el campus o en la oficina y me susurraban: «Necesito ayuda con la lectura». Nunca se me había ocurrido que un chaval educado en este país pudiera llegar a la universidad sin el nivel universitario de lectura. La verdad, debería darme vergüenza no ver las terribles desigualdades en la educación infantil. Debería darme vergüenza. En la universidad aprendí mucho más fuera de la clase que sentada a la mesa discutiendo conceptos teóricos. Aprendí lo ignorante que soy. Aún estoy trabajando para corregirlo.

Los alumnos y yo nos llevábamos mucho mejor individualmente. Eran mucho más abiertos. Yo no tenía ni idea de lo que hacía. ¿Cómo se enseña a alguien a leer? Consultaba a menudo al Dr. Google. Compré un libro con ejercicios básicos de gramática. A veces, simplemente leíamos sus deberes palabra por palabra, y cuando no conocían una, les hacía escribirla y buscarla en el diccionario, y ellos copiaban la definición porque así me había enseñado mi madre. Yo tuve una madre que estaba en casa cuando volvía del colegio cada día, que se sentaba conmigo día tras día, año tras año, hasta que me fui al instituto, y me ayudaba con los deberes, me animaba, y desde luego me empujaba hacia la excelencia. Hubo cosas

de mi vida que mi madre fue incapaz de ver, pero en lo referente a mi educación y a asegurarse de que yo me convirtiera en una buena persona, una persona educada, siempre lo clavó.

A veces, no llevaba bien la cantidad de tarea que tenía que hacer en casa. Mis compañeros de clase americanos no tenían que hacer tanto como yo. No entendía por qué mi madre, en realidad mis padres, se empeñaban tanto en hacernos utilizar la cabeza. Había mucha presión en casa. Mucha. Yo era una niña bastante estresada, y parte de esa presión era autoimpuesta, parte no. Me gustaba ser la mejor y que mis padres estuvieran orgullosos. Me gustaba la sensación de control que me daba ir bien en el colegio mientras otros aspectos de mi vida estaban absolutamente descontrolados. Se esperaba que sacara todo sobresaliente. No era una opción llevar a casa menos que eso, así que no lo hacía. Es la típica historia poco interesante de una hija de inmigrantes. Cuando trabajé con esos chicos en la universidad, comprendí por qué mis padres nos enseñaron que tendríamos que esforzarnos tres veces más que los chicos blancos para que nos tuvieran la mitad de consideración. No nos enseñaron esta realidad con amargura. Nos estaban protegiendo.

Al terminar nuestras sesiones, los alumnos con los que trabajaba solían decir: «No le digas a nadie que he venido a verte». En la mayoría de los casos, lo que les avergonzaba no era recibir ayuda. Era que les vieran esforzándose en su educación, que vieran que les importaba. A veces, se abrían y me hablaban de su vida. Muchos de los chicos con los que trabajaba no tenían unos padres como los míos, dispuestos

o capaces de preparar a sus hijos para el mundo. Muchos eran los hermanos mayores, los primeros de la familia que iban a la universidad. Un chico era el mayor de nueve. Una chica era la mayor de siete. Otra, la mayor de seis. Había muchos padres ausentes, y madres, padres, primos, tías y hermanos en la cárcel. Había alcoholismo, drogadicción y abusos. Padres a los que les cabreaba que sus hijos fueran a la universidad e intentaban sabotearles. Alumnos que mandaban sus cheques de ayuda estudiantil a casa para mantener a la familia, y se pasaban el semestre sin libros de texto y sin dinero para comer, porque había más bocas que alimentar en casa. Por supuesto, también había alumnos con padres fantásticos y una familia que les apoyaba, que no sufrían la pobreza, y estaban bien preparados para la experiencia universitaria o al menos hacían lo necesario para seguir el ritmo. Esos estudiantes eran la excepción. A menudo pienso en el peligro de una historia única, como decía Chimamanda Adichie en su charla TED, pero hay historias únicas que me parten el corazón.

Al final de mi último año en la universidad, con todo lo que estaba pasando en mi vida personal, estaba completamente quemada. No me quedaba nada que ofrecer. A demasiados alumnos les daba todo igual y a mí también. No me enorgullezco de ello, pero la verdad es que estaba desbordada. O eso es lo que me digo a mí misma. Los alumnos no se presentaban a las reuniones de la AAN. Participaban a medias en los eventos del club, no los promovían y tiraban la toalla, mientras que yo ya no tenía fuerzas para desafiarles con la mirada, gritar o pincharles

para que quisieran mejorar. Si después de cuatro años no habían aprendido nada, es que había fracasado, y ya poco podía hacer para remediarlo. En realidad solo se comportaban como universitarios, claro, pero era frustrante. Cuando terminó el último semestre, fue un alivio. Echaría de menos a los alumnos, porque para ser sincera me daban mucha vida; eran listos, graciosos, encantadores y salvajes, pero buenos chicos. Sin embargo, necesitaba un descanso, un descanso muy muy largo.

La mujer que me contrató en la universidad llevaba unos veinte años trabajando con estudiantes negros. Cuando se jubiló, estaba tan quemada que ni siquiera podía hablar de ellos sin que le desbordara la frustración por su falta de voluntad para cambiar, por todo el daño que les habían hecho, por su falta de fe en que hubiera un camino distinto y mejor, por los ridículos esfuerzos de la administración para crear el cambio. Por todo. Y yo entendía que estuviera quemada. Tardé cuatro años, pero lo entendí. Y sin embargo. En un banquete de fin de curso los alumnos me sorprendieron. Me dieron una placa y leyeron un discurso precioso en el que me describían como el epítome de la integridad y la cortesía. Me dieron las gracias por ver un talento y potencial ilimitado en ellos. Dijeron que yo les defendía incluso cuando se equivocaban y que era su familia, lo cual explicaba bastante bien nuestra relación, incondicional pero complicada. Dijeron otras muchas cosas maravillosas y halagadoras. No tenían por qué. Dejé la universidad con la sensación de que les había llegado. Lo que es seguro es que ellos me habían llegado a mí, me



habían hecho sentir como parte de algo, aunque hacerles sentir parte de algo fuera en realidad mi trabajo.

Como miembro de la facultad, todavía no me he metido en la asociación de estudiantes negros porque he estado intentando reunir energías para ello. Ahora me siento culpable por estar dándole largas. Me siento responsable. Me siento débil y estúpida.

En mi primer año tuve en clase a un alumno negro que pensaba que me cebaba con él por el hecho de ser negro. Según me han dicho, esto les ocurre a menudo a los profesores de color. Yo no me cebaba con él. Para empezar, no tengo tiempo para eso. Además, yo espero la excelencia en todos mis alumnos, sin excepción. El chico venía con una media de notas brillante y no podía creer que no estuviera sacando sobresaliente en mi clase. No podía creer que yo no pensara que merecía un premio proverbial por haber sido un buen estudiante antes de llegar a mi clase. Mientras que yo no podía creer su arrogancia. Tenía la sensación de que el chico quería que me impresionara el hecho de que era «diferente», que era buen estudiante, como si debiera calificarle por su rendimiento anterior en lugar de por lo que hacía en mi clase. En una ocasión me dijo: «No soy como los otros [palabra que empieza por N] del campus». Yo le contesté que debería tener cuidado con su actitud y su lenguaje. Tuvimos varias conversaciones muy tensas y, en una de ellas, subió tanto de tono que mi jefe, sin que yo lo supiera, se quedó en el pasillo, fuera de nuestra vista, porque temía que el chico se pusiera violento. Yo misma pensé que podía hacerlo. Tardé todo un semestre en controlar el problema con aquel alumno.

Finalmente me di cuenta de que el chico no quería que le vieran como uno de esos estudiantes que llega y no sabe lo bastante como para salir adelante, o que no le importa lo suficiente para salir adelante. Su modo de hacerlo, de demostrar que era distinto, era mantener su media de notas como fuera. Aquel alumno se graduó y no sé qué habrá sido de él, pero espero que no se pase la vida negociando políticas de respetabilidad.

Trabajo duro. Me ofrezco voluntaria para hacer cosas. Cuando digo que voy a hacer algo, intento cumplirlo. Intento hacer bien mi trabajo. Me extiendo, me estiro más de lo debido. Trabajo y trabajo y trabajo en casa. Estudio las evaluaciones de mis clases y trato de entender mis imperfecciones para hacerlo bien la próxima vez. Me siento con mis compañeros y pienso: «Por favor, quiero caerte bien. Quiero caerte bien. Quiero que me respetes. Al menos, que no me odies». A menudo la gente me malinterpreta, malinterpreta mis motivaciones. La presión es constante, sofocante. Digo que soy adicta al trabajo, y tal vez lo sea, pero simplemente estoy intentando, como mi alumno, demostrar de qué modo soy diferente.

Una vez, cuando estudiaba en la universidad, oí a una compañera hablando de mí en una sala de estudio. Ella no se percató de mi presencia mientras murmuraba con un grupo de compañeros nuestros, y decía que yo era una alumna de la discriminación positiva. Me fui a mi sala de estudio, tratando de mantener la compostura hasta quedarme sola. No quería ser la chica que se pone a llorar en el pasillo. En cuanto atravesé la puerta de la sala, rompí a llorar, porque ese era mi mayor miedo, el no ser

suficientemente buena, y que todo el mundo lo supiera. Si lo pensaba racionalmente, yo sabía que era absurdo, pero oír cómo ella y los demás me veían me hizo mucho daño. No tenía a nadie con quien hablar de lo que había oído porque era la única alumna de color en el programa. Nadie lo entendería. Sí, claro, tenía amigos, buenos amigos que se solidarizarían conmigo, pero no lo *entenderían* y tampoco podía estar segura de que ellos no pensarán lo mismo.

Dejé de perder el tiempo. Me impliqué en el triple de proyectos. Casi siempre se me daba muy bien. A veces, no daba del todo la talla. Pero me aseguraba de sacar buenas notas. Me aseguraba de que mis exámenes globales fueran buenos. Escribí propuestas de conferencias y me las aprobaron. Publiqué. Diseñé un proyecto de investigación tan ambicioso para mi tesis que casi me quita las ganas de vivir. Pero hiciera lo que hiciera, oía a aquella chica, que había logrado una décima parte de lo que yo, diciendo a unos compañeros que yo era la que no merecía estar en el programa. Mis compañeros, por cierto, no me defendieron. No le discutieron. Eso también me dolió. Sus palabras no me dejaban dormir. Aún puedo oírlas, la claridad de su voz, la confianza de su convicción. En el trabajo, sigo preguntándome preocupada: «¿Creen que me han contratado por discriminación positiva?». Me pregunto: «¿Me merezco estar aquí?». Me pregunto: «¿Estoy haciendo lo suficiente?». Tengo un doctorado bien merecido, y sigo preguntándome si soy lo bastante buena. Es absurdo, ilógico y agotador. Francamente, es deprimente.

Sé que es posible que nada de esto tenga sentido, pero para mí, todo está relacionado.

Voy escribiendo mi camino hacia un lugar en el que encajar, pero también encuentro a mi gente en lugares inesperados: California, Chicago, el norte de Michigan y otros sitios, algunos fuera de cualquier mapa. La escritura tiende muchos puentes entre las diferencias. La bondad también lo hace, y lo hace también el amor por *One Tree Hill* o *Lost*, por libros preciosos y películas horribles. A veces desearía que encontrar una comunidad fuera tan sencillo como introducir información personal y dejar que un algoritmo me enseñe dónde encajo. Y entonces me doy cuenta de que, en muchos sentidos, eso es lo que Internet y las redes sociales han hecho por mí: ofrecerme una comunidad.

O puede que no busque ningún algoritmo.

Un algoritmo es un procedimiento para resolver un problema en un número finito de pasos. Un algoritmo conduce a una manera clara de comprender un problema demasiado complejo para ser resuelto por la mente humana.

Eso no es lo que yo busco. John Louis von Neumann dijo: «Si la gente no cree que las matemáticas son sencillas, es solo porque no se da cuenta de lo complicada que es la vida». Puede que las matemáticas sean sencillas, pero las complejidades raciales y culturales a menudo son irreductibles. No pueden abordarse en su totalidad en un solo ensayo, en un solo libro, en una sola serie de televisión ni en una sola película.

Seguiré escribiendo sobre estas intersecciones como escritora y como profesora, como mujer negra, como mala feminista, hasta dejar de sentir que lo que quiero es imposible. Quiero dejar de creer que estos problemas son demasiado complejos para que nosotros los resolvamos.

---

[2] Black Entertainment Television, canal de televisión por cable perteneciente a Viacom. (*N. de la T.*)

[3] Palabra utilizada en historiografía americana para referirse a un individuo multirracial. (*N. de la T.*)

[4] De *holler*, «gritar». (*N. de la T.*)

[5] De gánster. (*N. de la T.*)

## **Beneficios especiales**

Cuando era pequeña, mis padres nos llevaban a Haití a veranear. Para ellos era volver a casa. Para mis hermanos y para mí, una aventura, a veces un trabajo, y siempre una lección necesaria sobre los privilegios y la suerte de tener un pasaporte americano. Hasta que visité Haití, no tenía ni idea de lo que era la pobreza ni de la diferencia entre la pobreza relativa y absoluta. Ver la pobreza de manera tan clara y generalizada dejó una profunda huella en mí.

A día de hoy, recuerdo mi primera visita, y cómo en cada cruce, hombres y mujeres relucientes por el sudor se apiñaban alrededor de nuestro coche, estirando sus brazos escuálidos, con la esperanza de recibir unas cuantas gurdas o dólares americanos. Vi los extensos barrios bajos, las chabolas que albergaban a familias enteras, la basura amontonada en las calles, y también la preciosa playa y los jóvenes de uniforme que nos compraban Coca-Cola de botella, y nos hacían sombreros y barcos con hojas de palma. Para una niña era difícil comprender el contraste entre una pobreza tan ineludible y un lujo casi repulsivo, y luego Estados Unidos, a solo ochocientas millas, con sus